

La sustancialidad de las formas de gobierno

(Viene de la página sexta)

Esto no quiere decir que ese apostolado no sea útil y meritísimo. Si ha salvado una sola alma tiene más que justificada su ejecutoria, pero socialmente resulta estéril o, a lo sumo, levemente contrarrestador. Porque en un régimen político liberal o socialista, en una sociedad estructurada de una forma no católica, por cada alma que gane para Dios el apostolado, son diez o cien las que el solo ambiente aparta de El. Y a la pura experiencia me atengo.

La verdadera doctrina católica—que coincide con el sentido común—nos dice que para una restauración social cristiana son precisas ambas cosas: espíritu católico y sistema político congruente; apostolado, pero dentro de un sistema y una estructura que lo haga de posible eficacia social. El régimen político sólo—sin espíritu católico en las gentes—fracasaría, es cierto, pero es condición necesaria (al menos en la sociedad de nuestro tiempo y sin acción divina excepcional) para que el apostolado (fruto del espíritu católico) cristalice socialmente. Y, el propugnar y defender como algo necesario una previa situación política católica no constituye un mito que sustituya la augusta majestad de Dios, sino, por el contrario, el reconocimiento de que el espíritu del Cristianismo es camino, verdad y vida que inspira todos los órdenes de nuestra existencia, el político entre ellos.

Esto es lo que han pensado todos los católicos españoles hasta hace unos años frente a la obra de la Revolución que, comenzando por una alteración política (artificial entre nosotros), ha derrumbado la vida moral y religiosa. Esto es lo que pretendieron nuestros padres en las pasadas guerras civiles, esto es lo que pretendimos nosotros en la última guerra de liberación: instaurar una situación política que, al menos posible, la recuperación espiritual, moral y religiosa de nuestra patria.

Es cierto que Santo Tomás admitía como justas las tres formas de gobierno, monarquía, aristocracia y democracia, sin señalar más que razones de conveniencia—nada esencial en favor de la monarquía. Pero es que Santo Tomás no conocía, naturalmente, los fundamentos teóricos de la moderna democracia liberal ni los del Socialismo actual. Y es de observar la profunda semejanza que existe entre el régimen

político que él proponía como ideal (síntesis de la democracia y la aristocracia coronada por la monarquía) con la constitución tradicional de la antigua monarquía española.

Fuera de nuestras fronteras, en el mundo católico actual, es cierto que existe una corriente que puede favorecer a este indiferentismo político. Pero ello es, a mi juicio, por razones muy distintas a las que se pueden tener aquí. En casi todos los países de Europa sería hoy imposible, desgraciadamente, pretender la restauración de un orden social y político católico y forzosamente tiene la Iglesia que limitarse a una acción de apostolado individual o de grupos sociales, pero nunca política. A lo sumo, en este orden podrá influir para que la situación política no se estorbe directamente la libertad de esa acción. Pero éste no es el caso de España. Aquí existe esta posibilidad y cuenta en su defensa con grupos humanos concretos y militantes.

Hace poco me refería un amigo que venía de Suiza la pregunta que le hacían en ciertos medios católicos: ¿Cómo puede titularse católico el gobierno de Franco, si no tiene ningún ministro católico ni hay allí ninguna universidad católica? Y observaba la admiración de sus interlocutores cuando les contestaba que aquí todos los ministros y todas universidades son católicos.

Ellos, por su situación, no comprenden el caso de España. No defienden directamente—porque no podrían—una situación política íntegramente católica en sus países, y no se dan cuenta de lo que entre ellos es una actitud necesaria—tristemente necesaria—constituye, llevado a España, una sangría abierta a la auténtica acción católica.

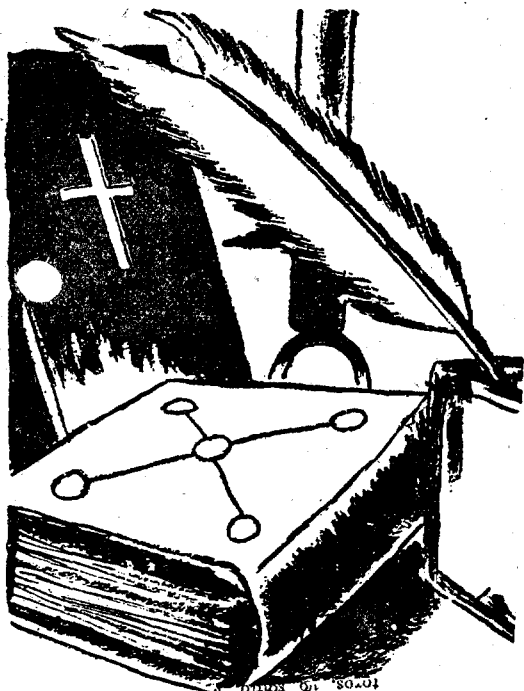
Todo esto, tan sencillo y de sentido común, coincide como he dicho, con el pensamiento católico castizamente español y con la ejecutoria de nuestros héroes y mártires de los últimos siglos.

Todo esto es, además incontestable. Si la buena fe que suponemos en el P. Ulpiano López, que tanta confusión siembra desde el órgano más autorizado de la Acción Católica, tuviese algo que añadir, veríamos con gusto la aclaración definitiva de un problema que entraña el de nuestra salvación nacional y religiosa.

Rafael GAMBRA.

LA SUSTANCIALIDAD DE LAS FORMAS DE GOBIERNO

Por Rafael Gamba



En el número último de la revista «Misión» llama la atención nuestro Director, señor López Sanz, sobre un artículo publicado en «Ecclesia» por el P. Ulpiano López, que titula «El mito de las formas de Gobierno».

En él se vuelve una vez sobre el tema de la accidentalidad o indiferencia de las formas de gobierno. Que la teoría es frecuente y repetidísima entre los medios a que pertenece el articulista, adquiere en cierto tono dogmático y tira de doctrina fijada y definitiva que me invita—dada, además, la inmensa gravedad y actualidad del tema—a ampliar algunos puntos de la acertada crítica hecha por el señor López Sanz.

«En todos los periódicos de decadencia moral—escribe el P. Ulpiano López—han germinado a granel mitos con los que se ha pretendido sustituir la augusta majestad de los valores morales fundados en Dios y en su santa Ley». Sigue con una definición del mito en que parece confundirlo con la idea-fuerza o verdad pragmática, y continúa con estas palabras: «Ante la catástrofe, la ruina o el mal gobierno de un pueblo, se le ofrece y predica la salvación en la doctrina de un sistema político determinado, de la cual, como por arte mágico, deberían nacer el orden, la cultura, la paz, todos los bienes. Aquí hemos asistido a propagandas en las que la causa de todos los males era esta o aquella forma de gobierno, la cual, al poco tiempo, se convertía en la panacea universal para resolver y remediar todos los males. Pero esto es una superstición sin fundamento en la realidad, porque ninguna forma de gobierno tiene en sí la virtud mágica de hacer inteligentes y honrados a gobernantes y ciudadanos... Y al contrario, cuando en un pueblo la honradez y la inteligencia elevan el valor moral en grandes zonas de sus elementos vitales, bajo cualquier forma de gobierno se realizan los fines esenciales de la convivencia humana».

Y concluye ex cátedra: «Por eso en doctrina católica el problema de las formas de gobierno se resuelve con la aplicación de la doctrina moral sobre el uso de las cosas indiferentes... Las formas de gobierno son categoría indiferente en el campo de los valores morales aptas para el bien, aptas para el mal».

Aun dentro de la vaguedad y confusión de conceptos de que adolece todo esto, hay en ello, como en casi todas las cosas, una pequeña parte de verdad: un sistema político, una forma de gobierno, instaurada como solución allí donde han desaparecido de las conciencias los resortes morales resultaría, en efecto, cuando menos estéril.

Pero de aquí a afirmar la indiferencia de las formas de gobierno hay un gran trecho. Existe, en primer lugar, un sistema político histórico y tradicionalmente forjado en las edades cristianas, en el que se dió una inspiración positiva del Cristianismo como en todos los productos de aquella cultura. Y, por el

contrario, existen hoy unas teorías del Estado que se corresponden estrechamente con concepciones universales, no ya ajenas al Cristianismo, sino concretamente anticristianas. Así ocurre con el sistema liberal y democrático (por sufragio universal) que coloca el origen del Poder y de toda verdad política en la voluntad de la mayoría del pueblo. Así con los socialismos (nacionales e internacionalistas) que deifican al Estado y someten a sus fines los de la persona humana.

En su práctica, además,—escribe Mingutjón—«la democracia y el capitalismo engendran el carácter de totalidad en sus aspiraciones de destrucción que caracterizan a los movimientos revolucionarios modernos. Ambos diluyen y esfuman la responsabilidad... Son un poder difuso y amorfo que se infiltra por todas partes y es también un disolvente de las responsabilidades en una red que a todos ata con cadenas invisibles».

Pero la escuela a que pertenece nuestro articulista es muy tenaz y se caracteriza, además, por su impermeabilidad a la experiencia y a la enseñanza histórica. Instaurada sobre ese absurdo dogma de la indiferencia de las formas de gobierno que cierra a la categoría de valor todo un campo tan universal y humano como el político, relega el espíritu moral y religioso a la conciencia individual y a los grupos humanos, y, congruente con ello, se apresta como única labor posible a introducirse e influir en el régimen político instaurado—sea cual fuere—para hacerlo bueno.

Así, en los últimos tiempos, la obra de la Revolución ha tenido en España como eficazísimo colaborador a la escuela católica adhesionista o escéptica en materia de formas de gobierno. Todo régimen que la ambición o la audacia de unos pocos instauraba recibía inmediatamente el apoyo humano de los católicos adhesionistas que venían a influir. Así ocurrió—por no citar más que el caso más escandaloso—con la última República atea y sacrilega que vivió y prosperó en su primera época merced a esos elementos que desviaron hacia el camino de su pseudo-legalidad los primeros afanes liberadores, teniendo al cabo, cuando ya no había área de colaboración, que ir a una guerra cien veces más larga y difícil.

Hasta fines del siglo XVIII, cuando España estaba estructurada según un sistema social y político católico, no existía lo que hoy se llama la propaganda católica. El español de entonces—y aun más fervorosamente el de las clases populares—iba al sacerdote sin necesidad de atracción ni reclamo. La propaganda y el apostolado se reservaba para las nuevas tierras de más allá de los mares. Desde hace cincuenta años, en cambio, la propaganda católica ha contado con todos los medios y se ha intensificado continuamente. Y las gentes—especialmente las humildes—se han apartado cada vez más de la vida religiosa.

(VUELVE A LA PAGINA TERCERA)

